

LA TRANSICIÓN A LA CIENCIA NUEVA (Capítulo VIII de *Vico*, 1884, de Robert Flint)

[ROBERT FLINT, *Vico*, Edimburgo, W. Blackwood & Soons, 1884, pp. 166-187.]

Traducción del inglés por
Dani Pino
(Universidad de Sevilla)

RESUMEN: Traducción en español del capítulo VIII, «Transición a la ciencia nueva», de la monografía inglesa *Vico*, escrita por el teólogo y profesor de Filosofía Moral de la Universidad de Edimburgo, Robert Flint (1838-1910), y publicada en Edimburgo en 1884. Benedetto Croce la señaló en su libro sobre *Vico* de 1911 como una de las tres monografías «que pueden ser todavía leídas con alguna recompensa», y «guiada por un límpido buen sentido».

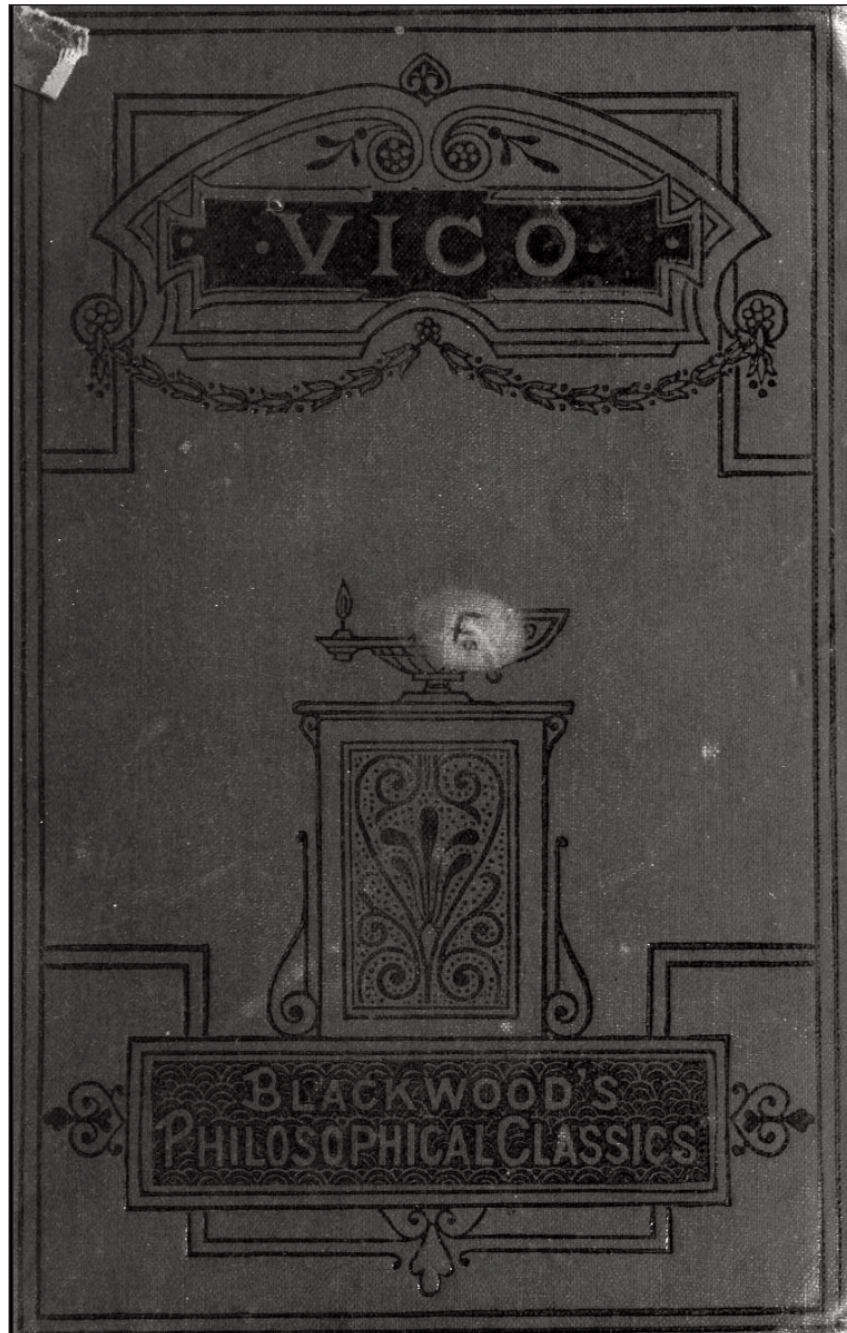
PALABRAS CLAVE: G. Vico, R. Flint, Dani Pino, ciencia nueva, filosofía moral.

ABSTRACT: Spanish translation of chapter VIII, «Transition to the new science», of the English monograph *Vico*, written by the theologian and professor of Moral Philosophy at the University of Edinburgh, Robert Flint (1838-1910), published in Edinburgh in 1884. Benedetto Croce praised it in his 1911 book on *Vico* as one of the three monographs «that can still be read with some fruit», and «guided by clear good sense».

KEYWORDS: G. Vico, R. Flint, Dani Pino, new science, moral philosophy.

OBRA EN DOMINIO PÚBLICO. Ejemplar de base para la traducción en castellano del texto inglés: primera ed. 1884, en Edimburgo. Copia digitalizada disponible en la biblioteca de la University of Toronto – Robarts Library. Copia accesible online en <https://archive.org/details/vico00flinuoft> (subida por J. McArdle el 07/02/2007 según consta en web). Patrocinador de la digitalización: MSN. Traducción del presente capítulo en español realizada a partir de dicho ejemplar.

Más que revisión por pares ciegos, las páginas de este texto de Robert Flint ha pasado la revisión crítica e histórica de importantes estudiosos, especialistas y críticos durante más de un siglo y cuarto hasta haber llegado finalmente a la traducción en español presentada.



Portada de la primera edición en 1884 del *Vico* de R. Flint. Copia digitalizada disponible en la biblioteca de la University of Toronto – Robarts Library. Color original cuero, aquí en b/n por razones de edición de la revista.

NOTA
A «LA TRANSICIÓN A LA CIENCIA NUEVA»,
DE ROBERT FLINT (1884)

José M. Sevilla
(Universidad de Sevilla)

Se presenta aquí la traducción en español del capítulo octavo de la monografía de Robert Flint *Vico*, publicada en 1884 en Edimburgo en la colección *Philosophical Classics for English Readers* (a cargo del profesor de filosofía moral William Knight), en una serie de monografías estampadas por Blackwood e hijos y dedicada a los principales autores de la Modernidad (Descartes, Bacon, Hume, Leibniz, Vico, Kant, Hegel, etc.). Esta monografía sobre Vico fue considerada por Benedetto Croce —en su famoso y revolucionario libro sobre *La filosofía di G.B. Vico* (Bari, Laterza, 1911)— junto con la del «católico alemán» Karl Werner (*G. B. Vico als Philosoph und gelehrter Forscher*, Viena, Braumüller, 1881) como «los dos mejores trabajos generales en torno a Vico» aparecidos en el transcurso del siglo anterior. Y en concreto, refiere Croce, en el Apéndice II dedicado a «La fortuna del Vico», que Flint «escribió para la colección de los *Philosophical classics* una breve monografía» a considerar «exacta» en los datos y, «si no profunda, guiada por un limpio buen sentido». Tal es así la importancia que le reconoce Croce a la monografía del teólogo y filósofo inglés, además de profesor de moral, que en el III apéndice

titulado «Cenni Bibliografici», reseña crítica bibliográfica con que finaliza el gran libro de Croce, en la sección 4ª dedicada a la «Letteratura intorno al Vico», coloca a Flint entre las tres obras —las otras corresponden a Carlo Cantoni (*G. B. Vico, studi critici e comparativi*, Turín, Civelli, 1867) y a la ya citada de K. Werner)— que merecen ser salvadas de la anterioridad al *nuevo curso de estudios viquianos*, el cual pretende instaurar Croce desde Nápoles, con la ayuda de Fausto Nicolini y de Giovanni Gentile en esos inicios de siglo xx. En concreto, dice Croce al comienzo de la citada sección bibliográfica que son «De las viejas monografías en torno a V., las tres que pueden aún ser leídas con alguna recompensa».¹ Y, ciertamente, como podrá apreciarse, Flint hace una ponderada lectura de Vico y ofrece una perspicaz y equilibrada interpretación de la *Scienza nuova* y de su proceso de configuración epistémica e histórica. No en vano la tradición anglosajona de estudios viquianos en el siglo xx ha considerado a Flint como un referente original en el arranque de los estudios en lengua inglesa sobre Vico.

El autor, teólogo y religioso anglicano nacido en Dumfriesshire en 1838, falleció en Edimburgo en 1910 siendo profesor de Filosofía Moral en la Universidad de la capital escocesa, a la que había accedido en 1876 desde la Universidad de St. Andrews. Miembro de la Royal Society of Edinburgh y también —según incluso consta en la portadilla de su libro— miembro correspondiente del Institute de France, Flint desplegó sus intereses investigadores y los perfiles de sus publicaciones entre la atractiva y novedosa disciplina en auge decimonónico, la Filosofía de la Historia (así su *History of Philosophy of History*, publicada en Londres en 1883; o sea, un año antes de su monografía *Vico*) y la clásica y también antigua crítica histórico-religiosa (vertidos sus resultados en obras sobre teísmo, agnosticismo, ideas morales, etc.). En las prensas de William Blackwood & Sons (Edimburgo & Londres) en que aparece *Vico* publicó el profesor Flint un reconocido libro sobre *The Philosophy of History in Europe* (1874; vol. I, *Containing the History of That Philosophy in France and Germany*), y también salieron de los mismos tipos de imprenta diversas reediciones de sus conferencias como teólogo, como filósofo crítico cultural, y como ‘historiador de las ideas’ —antes de que Arthur Lovejoy fundase el famoso History of Ideas Club (1921)— acerca del teísmo y de las teorías críticas del mismo, así, p.e.: *Theism* (1872) y también *Anti-Theistic Theories* (1876).

1. Cfr. B. CROCE, *La filosofía di G. B. Vico*, Bari, Laterza, 1980 (4ª ed. econ.), en pp. 292-293 y 306.

La monografía de Flint sobre Vico indaga y expone, además de un estudio sobre aspectos biográficos del napolitano (caps. II y III), los dedicados a aspectos generales del pensamiento y de la obra de Vico (caps. IV-VI) y, ya en concreto, al concurso de la «ciencia nueva», desde la base de una formación jurídica y de una teoría del derecho (cap. VII), en camino hacia la nueva ciencia (cap. VIII); y, por último, el tratamiento de la *Scienza nuova* (cap. IX). Así se aprecia de manera simple repasando, sin más, el índice sumario de la obra (las páginas corresponden a la edición de 1884, base de la traducción aquí presentada):

CONTENTS.

- I. INTRODUCTORY — ITALY AND NAPLES (p. 1)
- II. EARLY LIFE (1668-1694) — VICO AS STUDENT (p. 16)
- III. LATER LIFE (1694-1744) — VICO AS TEACHER AND AUTHOR (p. 26)
- IV. GENERAL ESTIMATE OF VICO'S CHARACTER AND WORK, (p. 38)
- V. ACADEMIC ORATIONS — GENERAL PHILOSOPHICAL AIMS (p. 50)
- VI. VICO'S METAPHYSICS (p. 73) 1. GENERAL, 2. THEORY OF KNOWLEDGE, 3. COSMOLOGY AND PSYCHOLOGY
- VII. VICO AS A THEORIST ON LAW (p. 136)
- VIII. TRANSITION TO THE NEW SCIENCE (p. 166)
- IX. THE NEW SCIENCE (p. 188)
- NOTE ON "VICO LITERATURE" (p. 230)

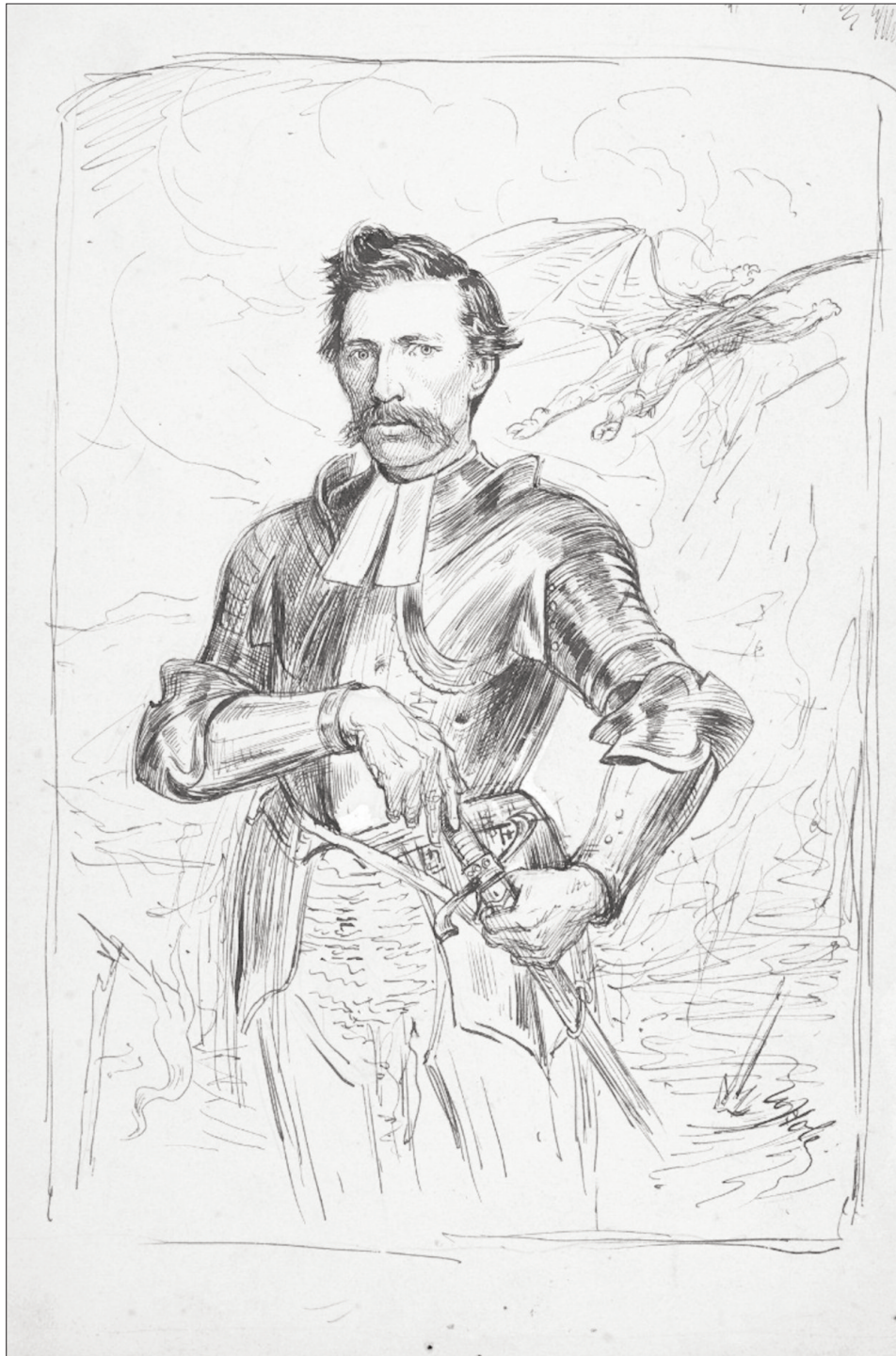
La monografía de Flint fue traducida al italiano tan solo a los cuatro años de su publicación inglesa: *G. Battista Vico per Roberto Flint, professore all'Università di Edimburgo*, traducida del inglés por el conde y senador del Reino Francesco Finocchietti y publicada en Florencia en 1888 por Tipografía Coppini e Bocconi, que sacó un volumen de 255 páginas (del que hay copia disponible digitalizada por europeanlibraries en <https://archive.org/details/flint-battista-vico/mode/2up>).

* * *

La traducción española del capítulo VIII ha sido realizada por el investigador, en la Universidad de Sevilla, Dani Pino desde el texto del *Vico* de Flint en la edición primera en inglés (1884), páginas 166-187 de la copia digitalizada en la University of Toronto – Robarts Library, accesible online y de Dominio Público.

En el texto a continuación figuran entre corchetes y en cuerpo menor los números de página correspondientes a esta citada edición (1884), texto base tomado para la traducción.

* * *



Dibujo en papel a lápiz y tinta, obra de William Brassey Hole (1846-1917). «Professor Robert Flint, 1883-1910. Professor of Divinity at Edinburgh University» (1884). National Galleries Scotland. Imagen bajo licencia Creative Commons - CC by NC. <https://www.nationalgalleries.org/art-and-artists/91894/professor-robert-flint-1838-1910-professor-divinity-edinburgh-university> [Original en papel color sepia]

LA TRANSICIÓN A LA CIENCIA NUEVA (1884)

Robert Flint
(1883-1910)

[ROBERT FLINT, *Vico*, Edimburgo, W. Blackwood & Soons, 1884, cap. VIII, pp. 166-187.]

[166]

De *Constantia Jurisprudensis*, como ya se ha dicho, es en gran parte un boceto de una «ciencia nueva»: la ciencia de la historia. Es una perspectiva filosófica del desarrollo de la historia de Roma, la cual se considera la historia de la nación típica, la historia a la que se parecen más o menos todas las demás historias. En esta historia, el desarrollo de la ley adopta el lugar central. La mayoría de naciones han legado apenas migajas de sus leyes. La historia completa de Roma yace ante nosotros impregnada de su ley, y el desarrollo de

la ley en Roma se presentó a ojos de Vico no simplemente como un proceso aislado, sino como uno en el que se instanciaban con toda claridad y plenitud los principios de todo el desarrollo humano. Es por ello que, en la práctica, como observa Ferrari, se le presentó como un sistema en sí misma, una ciencia. La «ciencia nueva» era Roma idealizada y generalizada. Pero es evidente que una ciencia de la historia no puede presentarse adecuadamente como una parte de un tratado de jurisprudencia. La historia de la humanidad no puede ser una porción de la jurisprudencia, un mero apéndice, sin menoscabo de la importancia que representa la jurisprudencia para la humanidad. El desarrollo [167] de la ley es solo uno de los desarrollos de la humanidad, y a fin de poder comprenderse debe ponerse en correspondencia con el todo que la abarca. Por tanto, Vico se vio obligado a otorgarle a su «ciencia nueva» un lugar y tratamiento independientes; presentarla no como algo meramente ilustrativo y ejemplar, sino integrador y explicativo del desarrollo de la ley. No tardó en hacerlo. En sus manos, no obstante, la ciencia nunca dejó de dar la impresión de que se originó en el estudio del derecho. Tal y como se presenta en la primera y la segunda *Scienza Nuova*, se trataba de una ciencia en la que se interpretaba la historia de la humanidad por referencia a la de Roma, y la historia de Roma por referencia a la ley romana.

Las conclusiones a las que llegó Vico respecto a la historia antigua del mundo clásico tuvieron, en consecuencia, una influencia decisiva en la formación de su filosofía general de la historia. Fueron unas destacadas conclusiones. Es sorprendente que un hombre tan tímido en algunos aspectos haya demostrado una audacia casi sin precedentes en el ámbito de la crítica histórica; que alguien que prestase tanta importancia a la tradición, a la autoridad, a la opinión común, haya adoptado una actitud radicalmente revolucionaria respecto a concepciones del pasado de la humanidad universalmente aceptadas. La valentía que mostraron Wolf o Niebuhr al declarar su escepticismo histórico se queda corto ante la de Vico. La hipótesis de Wolf se limitaba a una cuestión; hasta Niebuhr mantuvo su investigación sobre Roma independiente de cualquier doctrina general; Vico no solo representó toda la historia gentil del Peloponeso y de la Segunda Guerra Púnica como un caos de ficciones que, tomadas en un sentido literal, eran abiertamente inútiles e incomprensibles, sino que estableció esta suposición como una [168] condición fundamental para toda verdadera comprensión de la sociedad y de la historia. Sus hipótesis crítico-históricas fueron los pasos clave por los que

progresó hacia su «ciencia nueva». Quienes han escrito sobre él sin estudiarlo han transmitido la impresión de que improvisó una teoría de la historia de un modo arbitrario o *a priori*, elaborando *a posteriori* hipótesis sobre la fuente de las leyes de las Doce Tablas, el origen de los poemas homéricos, el carácter de la historia antigua, la naturaleza de los mitos, etc., que encajasen. Se trata de una perspectiva inherentemente absurda, ya que no es posible elaborar una filosofía de la historia que asuma la tarea de lidiar con cuestiones de detalle sin una considerable carga de estudio de la historia. Y eso es además manifiestamente contrario a los hechos. Las singulares hipótesis de Vico pueden rastrearse, dando lugar a su doctrina general. Las evidencias documentadas nos permiten conocer el desarrollo de su sistema; podemos comprobar cómo progresa y, con ello, resulta imposible no percibir que en lo principal las mencionadas hipótesis condujeron a ello y no al revés. Digo “en lo principal”, pues mi posición no es inconsistente con el reconocimiento de que las hipótesis en cuestión se derivaron en cierto modo de los principios generales de la teoría. Esto es algo que hay que reconocer. Pero debe otorgarse un reconocimiento similar respecto a otras teorías generales. Su formación es siempre e inevitablemente un proceso doble, en el cual los hechos y las ideas, lo especial y lo general, contribuyen continuamente a la determinación e iluminación mutua, mientras que la dirección del proceso es, en general, de lo particular a lo universal. Que las hipótesis históricas especiales de Vico condujeron a su doctrina histórica general no es menos cierto, ya que también es cierto [169] que no podría haberlas formado si no tuviera ninguna opinión general sobre la historia, y que su forma final se debió en un grado considerable a la influencia de su doctrina general.

Con frecuencia se ha dicho que las hipótesis históricas de Vico fueron poco menos que «adivinaciones» o «intuiciones», y consecuentemente no se ponen a la altura de las de Wolf o Niebuhr. ¿Qué significa esto? ¿Se trata pues de meras conjeturas o suposiciones que se entienden como pronósticos e intuiciones? De ser así, la afirmación es una tergiversación que solo puede excusarse so pretexto de ignorancia. Por supuesto que hubo mucho de suposiciones y conjeturas en el proceso que Vico siguió para establecer sus hipótesis, al igual que en los casos de Wolf y Niebuhr, pero los procesos fueron los mismos en esencia: hipótesis histórico-críticas. La idea de que unas opiniones tan amplias y tan sujetas a los hechos como aquellas que sostuvo Vico respecto a la historia de Roma pudiesen ser “adivinadas” por simple

conjetura es ridícula. A mi entender, el único sentido en el que puede decirse de Vico de forma razonable que formó sus conclusiones por adivinación o intuición es el suyo propio, es decir, un sentido por el cual la adivinación no se opone a una actitud crítica, una intuición basada en la investigación. Concedió una gran importancia a la adivinación y a la intuición. Se mantuvo firme en la idea de que los descubrimientos originales solo podían realizarse de mano de hombres dotados de originalidad, hombres de genio, marcados por una honda sensibilidad intelectual, de fructífera imaginación, con «la visión y la facultad divina», quienes, al entrar en estrecho contacto con la razón divina que hay en las cosas, pueden observar en su interior y comprenderla como otros son en cambio incapaces de hacer, transformándose en los canales a través de los cuales se revela. [170]

Según esto, todos los grandes descubrimientos son intuiciones y adivinaciones, de modo que si es este el sentido en que han de entenderse las hipótesis de Vico, huelga toda objeción al respecto. La adivinación y la intuición así entendidas no implica que se ignoren los hechos, que la investigación sea algo secundario, que tanto las ideas como los testimonios pueden aceptarse con seguridad sin someterlos a un escrutinio crítico. Vico era plenamente consciente de que la generalización histórica exigía estar familiarizado con los hechos particulares relevantes y un tratamiento crítico y metódico de ellos, aunque también consideraba que ello requería una penetrante perspicacia iluminada por la divinidad.

Su estudio sobre el origen de las leyes de las Doce Tablas fue una verdadera investigación histórico-crítica. Fue en virtud de principios propiamente críticos y sobre fundamentos estrictamente históricos que afirmó que las declaraciones de Tito Livio, Dionisio, Estrabón, Plinio y Tácito eran insuficientes para justificar la creencia en la misión a Grecia, y sostuvo que no había que encontrar en los fragmentos existentes de las leyes de las Doce Tablas ningún rastro de las leyes de Solón u otros legisladores griegos. Apuntó a las contradicciones e improbabilidades en la historia de la misión; a la necesidad de que existieran ciertas similitudes entre las leyes de Roma cuando se compusieron las Doce Tablas y las de Atenas en lo que había sido su correspondiente etapa de la historia, con total independencia de los préstamos o trasplantes; y a las razones para considerar las diversas decisiones en las Tablas como de origen nativo. Indicó, de hecho, casi todos los argumentos que desde entonces se han esgrimido en favor del bando que adoptó.

Y obtuvo una medida muy considerable [171] de un éxito casi inmediato. Pronto surgieron defensores y oponentes.¹ Donde antes había una sola opinión, ahora hay dos. El debate que sobrevino fue, al menos indirectamente, fructífero. Al rechazar con audacia la tradición y presentar una alternativa, basada en poderosas, o al menos plausibles, razones sostenidas en una opinión y una argumentación que han sido desde entonces generalmente aceptadas, Vico prestó un servicio muy destacable a la causa de la libertad de investigación en el estudio del derecho y su historia. En ello halló su propia recompensa. Fue un paso que le condujo a otros, una conclusión rica en consecuencias ulteriores. Una vez que se convenció de que las leyes de las Doce Tablas suponían un registro de las costumbres antiguas y la ley natural del pueblo del Lacio, de la era de Saturno, los fragmentos existentes cobraron inmediatamente una nueva y profunda significación intensificada ante sus ojos. Se mostraron como una inestimable fuente de enseñanza en lo relativo a los pensamientos y sentimientos de las tribus heroicas de las primeras épocas de Roma.

La perspectiva de la historia de la Roma antigua como un todo, a la que finalmente llegó, se adelantó de forma admirable a las conclusiones de los investigadores alemanes del siglo XIX. Prácticamente en el albor del espíritu crítico de la Modernidad llegaron las sospechas sobre la credibilidad del relato tradicional de la Roma antigua. Lorenzo Valla expresó las suyas en el [172] siglo XV y Glareanus en el XVII. En el XVII, Holanda poseía una escuela de docta crítica, cuya sede principal se situaba en Leyden, entre cuyos miembros uno, Bochart, demostró que las tradiciones como las de Eneas no eran históricas; por su parte, Gronovius defendió que la historia de Rómulo era una leyenda; en tercer lugar, Perizonius sacó a la luz las repetidas contradicciones de los historiadores romanos y declaró que los primeros libros de Tito Livio contenían rastros de las canciones populares de la Roma primitiva. Pero Vico progresó de forma significativa sobre los más destacados progresos de sus predecesores. Fue incluso más allá de quienes le sucedieron hasta que apareció Niebuhr. La disertación de Pouilly sobre «La incertidumbre de

1. El líder de los atacantes fue Damiano Romano, quien escribió *Difesa Istorica delle Leggi Griache venuto in Roma contro alla moderna opinione del Signor D. Gio. Battista Vico*, 1736; en la defensa, F. M. Ganassoni, cuyos *Memoria in difesa del principio del Vico su l'origine delle XII Tavole* y *Ricerche intorno all'opinione* están publicados en los *Opusculi per servire alla Storia d'Italia* de Calogera. [N. del A.]

los cuatro primeros siglos de la historia de Roma», y la mucho más magistral de Beaufort sobre «La incertidumbre de los cinco primeros siglos de la historia de Roma», no solo fueron posteriores tanto al *De Constantia Jurisprudensis* como a la primera edición de la *Scienza Nuova*, sino además puramente negativos en sus objetivos, mientras que el escepticismo histórico de Vico no era sino una forma de preparar el terreno para su trabajo en curso. Defendió el más libre de los tratamientos críticos de la historia de la Roma antigua porque estaba convencido de que dicho tratamiento conduciría a muchísimas más verdades positivas que si las tradiciones de la antigüedad se hubiesen recibido de forma pasiva. Sostuvo que bajo los relatos míticos yacía la verdadera historia, se propuso sacarla a la luz y lo consiguió en gran medida, a menos que Niebuhr y sus sucesores también fracasaran por completo.

A falta de los datos lingüísticos necesarios, no pudo distinguir, como los investigadores recientes, las razas primitivas o las poblaciones indígenas de Italia, describir sus características, trazar sus afinidades o estimar [173] lo que aportaron a la historia del pueblo en el que fueron absorbidas gradualmente; pero identificó con claridad que varias tribus nativas habían sido los elementos constitutivos de la historia más antigua. En las luchas entre patricios y plebeyos discernió el secreto de la grandeza y la duración del poder de Roma, y señaló las huellas que estas luchas dejaron en los sucesivos sedimentos tanto de la ley como de la leyenda. Aunque sus concepciones sobre el origen y la naturaleza de las “*gentes*”, y sobre la identidad original de los plebeyos y los clientes, difieren de las conclusiones de Niebuhr, son sustancialmente las mismas que las de Mommsen. Incluso su representación del gobierno primitivo de Roma como propiamente aristocrático, no democrático, es una a la que Mommsen se ha aproximado en sus *Römische Forschungen*, aunque, en su obra anterior y más conocida, la *Römische Geschichte*, había dado, como Niebuhr y Schwegler, una visión diferente. Sin embargo, no debo detenerme en las similitudes o diferencias entre las ideas de Vico sobre la historia de los romanos y las de la escuela alemana. Los lectores que deseen más información sobre estos puntos pueden remitirse a Cantoni² y Werner³.

2. Capítulo XI. [N. del A.]

3. Capítulo X. La *Historia Romana* de Niebuhr apareció en 1812; cuatro años después, el eminente filólogo Caspar Orelli señaló en un artículo sobre «Niebuhr y Vico», en el *Museo Suizo*, que este último se había anticipado aún más maravillosamente a las opiniones de Niebuhr que a las de Wolf. Niebuhr no respondió. [N. del A.]

Vico también concedió gran importancia a lo que llamó su «descubrimiento del verdadero Homero». Fue un descubrimiento que hizo gradualmente. Él primeramente discutió el [174] asunto acerca del origen de los poemas homéricos en las notas publicadas en 1722 como suplemento al tratado sobre el *Derecho Universal*. El objetivo que se propuso a sí mismo en estas notas fue demostrar que los poemas homéricos databan de la época heroica griega, y que eran valiosas fuentes de información sobre las ideas, creencias y costumbres de esa época, pero que no contenían ninguna sabiduría recóndita o filosófica. No se afirmaba el carácter impersonal de los poemas. Se insiste en las huellas de la ignorancia y la rudeza que hay en ellos, y se intenta exponer cuáles son las nociones reales que implican sobre la naturaleza, la geografía, la moral, la religión, etc. En la primera edición de la *Scienza Nuova* no se abordó la cuestión homérica. La deducción obvia es que Vico no había avanzado en esta fecha más allá de la posición que había adoptado en las *Notae*. Sin embargo, en la segunda edición, publicada en 1730, se dedica un libro entero a un nuevo tratamiento del tema, que concluye señalando que Homero era tan mito como cualquiera de sus propios héroes. Aquí se afirma que el verdadero Homero es el propio pueblo griego, en su carácter ideal o heroico, relatando su propia historia en la poesía nacional. En otras palabras, los poemas homéricos se consideran no las creaciones del genio de un individuo, sino las formaciones del genio de una raza trabajando a lo largo de un período de unos 460 años. La *Iliada* fue la obra de la juventud de Homero, es decir, de la infancia de Grecia. De ahí la admiración por el poder y la exhibición desvelada de la pasión que la caracteriza. De ahí su ideal de hombre, Aquiles, el héroe de la fuerza. La *Odisea*, en cambio, fue la obra de la vejez de Homero, [175] es decir, de una época en la que las pasiones de los griegos empezaban a enfriarse con la reflexión, madre de la prudencia, y en la que los encantos de Calipso, la voluptuosidad de Circe y los cantos de las sirenas tenían más encanto que el orgullo de Agamenón o la violencia de Aquiles. De ahí sus rasgos distintivos y su ideal de hombre, Ulises, el héroe de la sabiduría. Los *Peisistratidae* fueron los primeros en dividir y ordenar los poemas homéricos en la *Iliada* y la *Odisea*; pero para ello tenían una garantía en las diversidades de materia, sentimiento y estilo en los dos poemas, así como en sus numerosas discrepancias irreconciliables. Bajo el nombre de Homero ha llegado hasta nosotros la obra de muchos poetas heroicos; sin embargo, podemos hablar de dos Homeros —dos autores a través de los cuales se expresó principalmente el genio de Grecia—, el

Homero de la *Iliada* y el Homero de la *Odisea*. El primero debió ser oriundo del noreste de Grecia y debió preceder por mucho tiempo al segundo, oriundo del suroeste del país. Sin embargo, los dos poemas fueron probablemente elaborados y continuados por varios autores durante muchas generaciones sucesivas. Es así como se descubre el verdadero Homero. El descubrimiento le asegura ciertos títulos gloriosos que se le han asignado, pero a los que el Homero de la tradición no puede tener derecho. Demuestra que fue el fundador de la civilización griega, aunque esta se inició en la época de Deucalión y Pirra mediante la institución del matrimonio. Le da derecho a ser considerado el padre de los poetas, aunque antes del Homero tradicional habían florecido los poetas teológicos. Muestra cómo pudo ser la fuente de la filosofía griega, pero sin pretender poseer una sabiduría abstrusa o metafísica. [176] Asume que era un historiador —el historiador más antiguo del paganismo que conocemos—, ya que toda la historia primitiva debe haber sido poética, y toda la poesía primitiva una forma exagerada e imaginativa de la historia.

Debería ser obvio, incluso a partir de esta breve afirmación acerca del «descubrimiento del verdadero Homero» de Vico que esta fue una anticipación completa de la llamada teoría wolfiana, y casi se podría decir de todo el movimiento wolfiano, acerca de la especulación homérica. Anticipaba todas las posiciones generales mantenidas por Wolf, y lo hacía sobre los mismos fundamentos generales; y combinaba tanto con la afirmación de Wolf de que Homero era «un nombre epónimo», como con la hipótesis de Hermann de una “Ur-Iliada” y una “Ur-Odisea”, así como con la “Klein-Lieder-Theorie” de Lachmann. Vico, y no Wolf ni ningún otro, fue el verdadero autor del tipo de crítica y especulación homérica impropriamente denominada wolfiana. Solo una crasa ignorancia o una flagrante injusticia pueden explicar que su seria defensa de todo el sistema haya sido puesta por varios escritores en la misma línea y al mismo nivel que la frase incidental y desconsiderada en virtud de la cual se atribuye a Bentley haber sido un precursor de Wolf, o con la clase de sugerencia indirecta que Wood puede haber suministrado.⁴

4. Después de que Wolf publicara sus famosos *Prolegomena ad Homerum*, el literato italiano Cesarotti le llamó la atención sobre el hecho de que sus conclusiones coincidían notablemente con las opiniones expuestas en la *Scienza Nuova*. En consecuencia, publicó un artículo sobre Vico en su *Museum der Alterthumswissenschaft* de 1807. La cuestión de que sus dos ideas principales —la del origen de los poemas homéricos y la de la naturaleza de la *Alterthumswissenschaft*— hubieran sido alcanzadas por el pensador napolitano debería haberle ayudado a apreciar correctamente su genio; pero tuvo justo el efecto contrario, y su artículo fue, en consecuencia, poco inteligente y poco comprensivo. [N. del A.]

Sería imprudente intentar discutir aquí la [177] tan debatida “cuestión homérica” que planteó Vico. Todavía no se ha llegado a una solución definitiva. La mera agitación de la misma, sin embargo, ha sido de inmensa influencia y beneficio. El estudio de Homero se ha revolucionado. Se han abierto vistas de luz en regiones de la antigüedad que de otro modo habrían quedado en la oscuridad. La nueva teoría, sea cual sea su destino final, ha justificado ampliamente su derecho a ser considerada por sus resultados, las permanentes conquistas intelectuales a las que ha conducido. Hay una verdad en ella que todos reconocen. Todo hombre de inteligencia cultivada siente ahora, al leer los poemas homéricos, que no son meramente las composiciones de un hombre de genio, sino las autorrevelaciones de una raza, las creaciones espirituales de una época, y no puede volver a creer en la antigua visión de un Homero individual que inventó la poesía y creó los dioses de Grecia más de lo que puede creer en el viejo mito de Pallas brotando completamente crecida y con armadura del cerebro de Zeus. Por muy decididamente que el erudito moderno defienda a un Homero o a dos Homeros, es seguro que procederá, como una cuestión de rutina, en su estudio de la *Iliada* y la *Odisea*, sobre la suposición de que no hay comprensión posible de ellas a menos que tanto su contenido como su forma se consideren principalmente los productos perfeccionados del genio poético de un pueblo heroico operando a través de muchas generaciones. En una palabra, tácita o abiertamente complementa su afirmación de un Homero concediendo muchos Homeros, grandes y pequeños, y admitiendo prácticamente, al menos, que atribuir la *Iliada* y la *Odisea* a Homero es no explicar nada, a menos que por Homero se entienda como la voz de la Grecia heroica, y sus poemas sean considerados como el testamento de esa Grecia heroica, su [178] legado a la Grecia histórica. Hacer esto es estar en esencia de acuerdo con Vico. El punto esencial de su doctrina no es si hubo un Homero personal o no, sino si los poemas homéricos no fueron creaciones de una raza y de una época en un sentido en el que nadie podría representarse la *Eneida* de Virgilio o el *Paraíso perdido* de Milton como productos del espíritu de las épocas en las que aparecieron. De hecho, la justicia exige que consideremos a Vico no solo el creador de una nueva hipótesis sobre la autoría de los poemas homéricos, sino también, y aún más, como el iniciador de un nuevo modo de estudiar estos poemas.

La *Scienza Nuova* era una obra muy original, pero probablemente Vico la consideraba aún más original de lo que era. Todos los creadores tien-

den a exagerar su originalidad. Las palabras *Ciencia Nueva* nos recuerdan a *Novum Organum* y al epígrafe que Montesquieu eligió para el *Esprit des Lois*: «*prolem sine matre creatam*». Sin embargo, ningún producto de la mente humana es una creación *ex nihilo*. La “ciencia” de Vico, ya se le ha mostrado al lector, no era totalmente “nueva”. Y aún me queda referirme a algunos autores que pueden considerarse con justicia que han contribuido a su formación.

Entre los pensadores de la antigüedad hay que mencionar especialmente a Platón. Aristóteles puede haber tenido la misma influencia en dar forma y carácter a la doctrina metafísica de nuestro autor, pero Platón tiene decididamente más derecho a ser considerado como su predecesor en el departamento de la filosofía histórica. La *Ciencia Nueva* de Vico es una especie de contrapartida de la *República* de Platón. El ideal del primero es el del segundo modificado y [179] ampliado. Platón trató de delinear un estado perfecto, el tipo y modelo de lo que debería ser la vida social y política, y para ello tomó la analogía como guía. Concibió su ciudad perfecta como una comunidad en la que los distintos miembros y clases eran gobernados por los más sabios, del mismo modo que en el alma del sabio todos los principios y pasiones son gobernados por la razón. Este ideal lo presentaba como inmutablemente verdadero, como algo a lo que siempre hay que aspirar, aunque nunca se realice, y como la norma por la que deben juzgarse todas las formas de gobierno, midiéndose la maldad de cualquier sociedad real por el grado de su desviación del tipo. Este ideal se apoderó de Vico, pero no le satisfizo. Le llevó a la búsqueda de una ciudad perfecta; pero en el curso de su búsqueda se dio cuenta gradualmente de que no podía coincidir con ninguna forma de gobierno que la inteligencia humana pudiera idear o que la voluntad humana estableciera; que no podía ser ningún tipo inmutable de política, sino que debía incluir a toda la comunidad de las naciones, vinculadas entre sí para componer un mundo de orden moral, y regido por leyes a través de las cuales la razón fuese siempre operativa. La contemplación de la ciudad ideal de Platón le ayudó a la visión de una ciudad real de Dios, que tiene sus fundamentos en todos los reinos de la tierra, y cuyas leyes son las inherentes a la autorrealización de la razón eterna. Y fue en la propia *República* —en toda la enseñanza de sus libros octavo y noveno— donde se le había presentado la doctrina que más podía sugerir que el ideal platónico era demasiado rígido y estrecho: la doctrina de las formas, sucesión y modos

de alteración o corrupción de los gobiernos, a la que ya ha habido ocasión de referirse [180] como la más importante en la ciencia política e histórica.⁵

Paso por alto a Aristóteles, quien, en mi opinión, solo puede haber contribuido directamente al contenido de la *Ciencia Nueva* mediante su crítica y desarrollo de la doctrina de Platón en cuanto a las formas de gobierno; y también a Cicerón, que influyó en gran medida en la mente de Vico de manera general, pero no tenía ninguna idea nueva de tipo histórico-filosófico que transmitir a nadie. San Agustín, por otra parte, debe ser considerado, creo, otro de los predecesores directos de nuestro autor. Las referencias al *De Civitate Dei* en la “Segunda *Ciencia Nueva*” son tales que demuestran que había sido leído con mucha atención. Debió de confirmar fuertemente a Vico en algunas de sus convicciones más fundamentales: la creencia en la Providencia en la historia, en el orden y la ley en los asuntos humanos, en que las pasiones y los intereses particulares están subordinados por la Razón Suprema a los fines generales, en la analogía del crecimiento del individuo con el de la raza, y en la inutilidad del azar epicúreo y del destino estoico como principios de explicación histórica. Pero su teoría de la historia no es en absoluto una simple continuación de la de Agustín; al contrario, las diferencias entre ellas son tan profundas como las semejanzas. Vico, como Agustín, no considera la historia en relación con la predestinación, la caída, la redención y el fin del mundo, sino como una manifestación de la naturaleza humana y de las leyes fijas. Concibe la Providencia de forma muy diferente a Agustín. Aunque establece una distinción demasiado amplia [181] entre hebreos y gentiles, es para poder ocuparse más libremente de estos últimos. Agustín representa la historia como compuesta por las historias de dos ciudades antagónicas —una *civitas celestis s. Dei* y una *civitas terrena s. diaboli*—, una compuesta por los elegidos y la otra por los réprobos; una, la verdadera iglesia y, la otra, el mundo y sus reinos. Vico no ataca explícitamente este dualismo agustiniano, pero lo deja de lado silenciosamente. En ninguna parte atribuye al diablo el poder de construir una ciudad en la tierra. Considera que todos los reinos de la tierra están incluidos en la ciudad de Dios.

Maquiavelo también puede ser nombrado, en la conexión que ahora nos ocupa, como uno de sus predecesores. Aunque admitía la claridad y la agude-

5. E. Fiorentino trata de manera interesante la relación de la ‘Scienza Nuova’ con la ‘República’ de Platón en sus *Scritti Varii*, pp. 164-170. [N. del A.]

za de la visión histórica mostrada en los escritos del famoso historiador y político florentino, le disgustaba demasiado lo que denominaba su «inmoralidad e impiedad» como para reconocer una deuda especial con él; pero tal deuda obviamente existía. En gran medida, la filosofía histórica de la *Scienza Nuova* fue un desarrollo natural de la teoría de los *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*. En cada página de esta última obra, Maquiavelo compara una época de la historia con otra, lo que ocurrió en una nación con lo que ocurrió en otra. Sus inferencias históricas y políticas reposan casi en su totalidad sobre el paralelismo de los acontecimientos individuales o de las series de acontecimientos. No afirma, sin embargo, que ningún caso sea precisamente paralelo, ni cae en el error, que solo podría conducir naturalmente a tal noción, de suponer que el paralelismo histórico es un hecho último inexplicable; [182] por el contrario, lo remite correctamente a su fuente: la identidad esencial de la naturaleza humana en todas las tierras, en todos los tiempos y bajo todas las formas. La historia se repite siempre sustancialmente en las naciones más distantes y diversas, porque todas las naciones se componen de hombres, y los hombres están en, todas partes, movidos sustancialmente por las mismas pasiones; sin embargo, nunca se repite exactamente y en todos los puntos, porque el hombre es un ser eminentemente modificable y cambiante. Al referir las analogías entre los sucesos antiguos y modernos a su fuente en la naturaleza humana, Maquiavelo tocó, por así decirlo, la gran verdad de que la ciencia histórica debe fundarse en la ciencia mental. Pero se limitó a tocarla. No entró en la investigación de los principios psicológicos que deben servir de base a toda teoría histórica sólida. Vico fue el primero en intentar esta investigación. Maquiavelo dejó lo suficientemente claro que debía emprenderse tal investigación, pero no hay pruebas de que él mismo sintiera ninguna necesidad concreta de lo que todo su tratado demostró que era necesario. El pensamiento más general al que se atuvo en relación con el curso de los asuntos humanos fue que todas las naciones, si se las deja a su aire, pasarán por casi la misma sucesión de estados, y que por lo tanto sus historias se parecerán entre sí tanto en lo global como en lo particular. Creía que la historia se movía en ciclos, cuyas diferentes etapas son las diferentes formas de gobierno. Tal vez ya se haya dicho lo suficiente para demostrar que Maquiavelo fue uno de los precursores de Vico.⁶ [183]

6. Para una completa y admirable explicación de los escritos políticos e históricos de Maquiavelo, el lector inglés puede remitirse ahora a los volúmenes tercero y cuarto de *Niccolo Machiavelli and his Times*, de Villari. [N. del A.]

Campanella puede haber sido otro. Aunque Vico no se ha referido a sus escritos, no puede haberlos ignorado. Contienen muchas ideas que él mismo sostenía. En lo que respecta a la historia, en particular, los puntos de vista de Campanella se aproximan aún más que los de Maquiavelo a los de Vico. Campanella y Vico, en efecto, adoptaron sustancialmente la misma posición frente a Maquiavelo. Ambos estudiaron sus obras y aceptaron y desarrollaron algunas de sus ideas principales; y ambos se declararon enemigos del “maquiavelismo”. Mientras que Maquiavelo miraba la religión únicamente con ojos de positivista y político, considerándola solo como un hecho histórico de orden secundario y un instrumento político, sin preocuparse por su verdad, ignorando el poder, la sabiduría y el amor divinos como hechos de la historia, Campanella, de naturaleza aún más ardientemente religiosa que Vico, veía en Dios la unidad radical de toda la existencia, la *causa omnium causarum*, el Gobernante y Guía de la humanidad, y en la piedad hacia Dios el vínculo primordial de la sociedad, el principio vital de la vida civil. El hombre, según su concepción, forma parte de un universo en el que todo ser verdadero es un ser divino. En el Ser Infinito hay, afirma, tres propiedades primarias: poder, sabiduría y amor; y el ser se extiende sólo hasta donde se extienden; poder, verdad y bondad solo hasta donde se extiende el ser. Las propiedades primordiales de la Divinidad son las fuentes de las ideas eternas, de los ángeles benditos, de las almas humanas inmortales, del espacio y de todo lo que contiene de realidad; pero en la medida en que algo es finito y temporal, falso e irreal, este algo no es por el ser sino por el no-ser, que se mezcla más y más con el ser cuanto más se prolonga el mundo del tiempo y del sentido. La debilidad es la negación [184] del poder, el odio del amor, la ignorancia de la sabiduría de Dios. Todo el mal es simplemente la negación. Y por la negación misma se efectúa el bien. El hambre impulsa a los hombres sobre la tierra y los obliga a trabajar; las necesidades dan lugar a todas las artes y ciencias; las guerras destruyen a los tiranos; el error excita a la investigación de la verdad. Así, el mal es en todas partes la ocasión de su contrario.

Sin embargo, Dios es, por usar la expresión del propio Campanella, no solo física sino también políticamente la primera causa de las naciones y los gobiernos y, en resumen, del desarrollo histórico. Las tres principales causas políticas o históricas son Dios, la prudencia o buena política y la oportunidad o buena fortuna. En algunas naciones es más evidente la acción de una de ellas, en otras la de otra. Así, la mano de Dios se manifiesta especialmente en la historia de los judíos, la sabiduría política en la de los romanos, y la fortuna en la de

España. Es Dios, sin embargo, quien da la buena fortuna, y ninguna previsión o habilidad política es suficiente en cada coyuntura para descubrir y seguir el curso apropiado de la conducta. De ahí que todas las naciones hayan tenido un sentimiento de dependencia de Dios, y lo hayan expresado de alguna manera, sabia o insensata. La religión es esencial para la existencia de la sociedad. Es con la corrupción de la religión que comienza invariablemente la disolución de la sociedad. La herejía, que rompe la unidad religiosa, desorganiza también la constitución política, dispersa y destruye las fuerzas de la vida social. Conduce al escepticismo y al ateísmo, que completan la ruina total de toda civilización de la que se apoderan, que rompen todo vínculo que une al hombre con el hombre. Sin embargo, el género humano no está totalmente abandonado de Dios ni siquiera en sus momentos de mayor oscuridad. El mismo exceso de su degradación y miseria [185] lo prepara para la aceptación del remedio apropiado, obliga a los hombres a buscar una nueva unidad, a escuchar a un nuevo legislador y a someterse gradualmente a las leyes de una nueva teocracia. Existe, pues, un movimiento cíclico en la historia de las religiones, en la vida religiosa de cada Estado y en el desarrollo religioso de la humanidad. Comenzando con la unidad —es decir, con un papado o teocracia— se pasa por diversas etapas o formas de herejía hasta llegar al ateísmo, de donde se vuelve a la unidad.⁷ Estas tres etapas —teocracia, herejía y ateísmo— se repiten por igual en la historia de las naciones paganas, mahometanas y cristianas. El movimiento político es también un ciclo. Sus etapas son la monarquía, las diversas formas de gobierno en las que la soberanía está dividida y, en consecuencia, debilitada, y la democracia, que desemboca de nuevo en la monarquía. Los dos ciclos —el religioso y el político— son interdependientes y concéntricos. A cada etapa de uno le corresponde precisamente una etapa en el otro. Estos ciclos no son incompatibles con el progreso indefinido de la raza humana, sino que están comprendidos en un movimiento cada vez más amplio y en constante avance que terminará con el cese de todos los males y con la unión de todas las naciones bajo el gobierno del Mesías.

Tal era la teoría histórica de Campanella. El lector podrá determinar pronto en qué medida se parece a la de Vico. [186]

7. *Religiones cunctae atque sectae habent proprium circulum, veluti et respublicae ex monarchia, in tyrannidem, inde in aristocratiam, inde in oligarchiam, inde in politiam, inde in democratiam, ae denuo tandem in monarchiam revertuntur per easdem aliasque vias. Sic cum sectae ad atheismum pervenerint, extrema populorum mala suboriuntur, iraeque Dei culmen: exindeque in statum bonum, sed per poenas, revertuntur.* — Ph. Real. P. T., iii. c. 8. [N. del A.]

También hay que mencionar a Bodin. Vico se refiere a menudo a sus escritos, pero las referencias no dan una idea justa de la magnitud de su deuda con él, siendo en su mayoría de carácter crítico y polémico. Bodin fue el primero en insistir con fuerza en la importancia de relacionar la historia de las leyes con la de la historia en general. La idea de una ley universal, en la que todos los cuerpos legales tienen su raíz y fundamento *rationale*, y de la que no son más que expresiones múltiples y parciales —una ley universal cuyo conocimiento sólo puede alcanzarse a través del estudio metódico de la historia en su conjunto—, esta idea, que resultó tan fructífera en la mente de Vico, fue promulgada clara y vigorosamente por Bodin. Bodin también se adelantó a Vico al insistir en la importancia de la investigación sobre el origen de las naciones, en la incertidumbre de las afirmaciones de los historiadores al respecto, y en el valor del estudio del lenguaje como medio para arrojar luz sobre hechos de los que no hay testimonios escritos o solo los que son falsos. Sometió de nuevo a examen la cuestión de las revoluciones políticas y mejoró las respuestas de Platón y Aristóteles. Aunque es más precursor de Montesquieu que de Vico, no cabe duda de la gran deuda —insuficientemente reconocida— de este último con él.

De la influencia de Grocio en Vico ya he tenido ocasión de hablar. Creo que el obispo Bossuet no tuvo ninguna influencia sobre él. El *Discours sur l'Histoire Universelle* fue, en efecto, publicado cuarenta y cuatro años antes de la primera edición de la *Scienza Nuova*, pero las dos obras no tienen casi nada en común, y no hay ninguna evidencia, externa o interna, de que la primera haya sido leída por el autor de la segunda. [187]

Ninguno de los escritores que acabamos de mencionar tenía la noción de que existiera una ciencia especial de la historia humana. Maquiavelo, por ejemplo, hizo generalizaciones históricas, pero solo con vistas a la instrucción política. Del mismo modo, la filosofía histórica que se encuentra en los escritos de Campanella y Bodin era una parte de su filosofía política, que en ningún momento se esforzaron por distinguir de otras partes por circunscribir y definir. Estos autores se limitaron a considerar la historia en relación con la política, como Bossuet la consideraba en relación con la religión. Vico fue el primero en tratarla como objeto propio y exclusivo de una ciencia especial. De ahí que la distancia entre él y los más próximos de sus predecesores fuera muy grande.

* * *

Traducción del inglés por Dani Pino, 2020